la órden referida. Notable fué en algunos el disgusto con que vieron esa disposicion, que los obligaba á volver á sufrir los peligros, y á padecer los trabajos de la guerra, cuando ya se veian libres de unos y otros con la retirada. No obstante, la tropa se disponia á ponerse en marcha, cuando se presentó un nuevo ayudante con otra órden para que se siguiera á Querétaro, por los motivos de que se va á hablar.

El general Santa-Anna, informado por Perez de lo ocurrido, se dirigió desde el pueblo de Tulpetlac á la garita de Peralvillo, donde colocó á los infantes del Sur, tratando de aprovechar en su defensa los parapetos construidos para recibir al enemigo; hizo entrar á la ciudad parte de los regimientos 5.°, 9.° y de Guanajuato, los que llegaron hasta Santa Catarina y la Concepcion, lanceando á algunos americanos, y se retiraron en seguida. A la oracion de la noche contramarcharon todos á Guadalupe, porque el general Santa-Anna estaba en la inteligencia de que el movimiento de la capital habia sido una cosa despreciable, y no dudaba que el enemigo pronto venceria la resistencia del pueblo. En consecuencia de esta opinion, mandó la órden de que arriba se hizo mérito, para que la infantería continuara la marcha á Querétaro.

Antes de seguir adelante, conviene decir lo que hizo el Lic. Olaguíbel, para no dejar incompleta la relacion, en lo perteneciente á la seccion de su mando. Olaguíbel, que salió de México con su infantería, se adelantó á Tlalnepantla, donde se separó de la division que marchaba á las órdenes del general Herrera, despues de haber proporcionado á éste, á peticion suya, algunas órdenes para que de las rentas de los pueblos por los que se pasara, se franqueasen recursos. Permanecia aun en Tlalnepantla, cuando supo que los habitantes de la capital hacian armas contra los americanos. Con el objeto de adquirir noticias exactas de los acontecimientos, salió del pueblo en que se encontraba, y llegó hasta los Ahuehuetes. Allí se detuvo; y formando la opinion de que lo de México era de poca importancia, volvió á Tlalnepantla, donde pasó la noche.

Al dia siguiente, para saber si la resistencia continuaba, despachó á una persona de su confianza á que se informara con exactitud de los sucesos; y como á su vuelta se los pintó el comisionado muy insignificantes, dándoles ménos valor del que en realidad les correspondia, se resolvió á no prestar auxilio á los que se defendian, y se afirmó en su primera idea de retirarse con su fuerza á Toluca, por un largo rodeo.

Antes de ponerse en marcha, llegó á su noticia, que varios gefes y oficiales de la division de Herrera opinaban porque en vez de ir á Querétaro, se retirara á Toluca. Desagradóle en estremo esta idea; y en pugna desde entónces con los militares, á quienes echaba en cara no haber cumplido con sus deberes, se obstinaba en oponerse de todos modos á que las tropas quedaran en el Estado de su mando. Determinado, pues, á llevar adelante esta resolucion, tomó por fin el rumbo de Toluca, por el camino de Nijiní.

La division de Herrera salió el 15 para Huehuetoca, á donde se llegó sin que ocurriera novedad particular en el camino. Se puso la tropa á descansar; pero no llevaria mas que una hora de reposo, cuando el teniente coronel Cadena, ayudante del general Santa-Anna, se presentó con la órden de que se hiciera una nueva contramarcha, porque en México se seguia peleando con los enemigos, y era muy urgente auxiliar á los que sin apoyo militar se defendian.

El general en gefe en la mañana del 15 habia recibido nuevas noticias, exageradas y patéticas, de que en la capital no cesaba el combate, á consecuencia de lo cual volvió como el dia anterior á la garita de Peralvillo, con la caballería é infantería del Sur, enviando al mismo tiempo á Cadena para que contramarchara la division que habia llegado ya á Huehuetoca. En Peralvillo no oyó mas que algunos tiros parciales, por los que se persuadió de que la resistencia del pueblo tocaba á su término. No dió, por lo mismo, auxilio alguno: permaneció á la espectativa hasta las siete de la noche: á esta hora regresó á Guadalupe, desde donde comunicó otra órden á la infantería, para que definitivamente siguiera á tierradentro.

El 16 hubo una junta de guerra, despues de la cual el general Santa-Anna hizo dimision del mando supremo, que se admitió, á virtud de las facultades estraordinarias, disponiendo que se encargara de la presidencia de la República D. Manuel de la Peña y Peña, como presidente de la suprema corte de justicia, y nombrando de asociados á los generales Herrera y Alcorta. En seguida se puso en marcha, rumbo á Puebla, para llevar adelante su proyecto.

Separémonos de él por ahora, mientras referimos lo que pasaba en la division de infantería, á la que hemos dejado en Huehuetoca, preparándose á hacer la contramarcha sobre México. En efecto, se puso en camino para Cuautitlan, no sin incurrir varios soldados en las faltas de disciplina y subordinacion, que desde ántes habian empezado á cometerse. La desercion, que comenzó tambien desde la salida de la capital, se hizo entónces sobremanera notable, pues pasaron de mil los soldados que perpetraron ese delito. El contagio del desórden cundió hasta el cuerpo de Inválidos, compuesto de soldados viejos y aguerridos, que infinitas veces habian dado pruebas de valor y constancia, y que entónces, en un momento de irreflexion, echaron una mancha sobre su larga carrera de buenos servicios, indisciplinándose casi todos en momentos tan críticos, y obligando á los gefes á que los desarmaran para evitar otros trastornos.

En la noche descansó la fuerza de Herrera en Cuautitlan, persuadida de que el 16 continuaria en marcha para México. No sucedió así: la nueva disposicion, ya referida, del general Santa-Anna, la hizo volver á tomar el camino de Huehuetoca. Cosa de juego parecia aquel continuo movimiento: se traia á los soldados de aquí para allá: se les mandaba ir á un punto, y apenas se encontraban en él, cuando se les hacia contramarchar: á poco se ordenaba que volvieran al lugar de que habian salido: luego se determinaba que retrocedieran otra vez; y tantas idas y venidas, mal calculadas, ejecutadas con disgusto, infructuosas, perdidas, solo servian para cansar á las tropas, para ecsasperarlas mas y mas, para fomentar la desercion y el desórden, para dar lugar á la continuacion de los escesos á que se habian entregado desde un principio.

Provenian éstos del estado de desesperacion á que habian llegado los soldados, quienes se contenian aun, cediendo á las órdenes y consejos de sus gefes miéntras que permanecian en las filas, pero que no oian mas voz que la de su despecho en cuanto las abandonaban. El número de desertores, dispersos y rezagados crecia por momentos: una vez entregados á su propio albedrío, cometian tropelías de todo género, separados unos de sus compañeros, reunidos otros en guerrillas, que dejaban tras sí, por sus desmanes, una huella de horror en las poblaciones por donde pasaban. Se metian en las milpas á cojer

elotes: cuando encontraban alguna vendimia, se arrojaban sobre ella, la comian sin pagarla, y aun maltrataban á sus infelices dueños: en los pueblos intentaban saquear las tiendas: en las ventas y fígones consumian cuantos comestibles encontraban, sin entregar su precio; y ninguna consideracion los detenia con tal de saciar su hambre y satisfacer sus necesidades.

El general Herrera, con incesante afan, trataba de evitar que aquellos graves desórdenes se hicieran estensivos á las tropas que mandaba, las que conservaban todavía alguna disciplina. Valíase del prestigio de su nombre, y de cuantos medios le sugeria la prudencia, para hacerse de recursos, y ser ménos oneroso á las poblaciones del tránsito. Pedia comestibles en las haciendas: los dueños y administradores los franqueaban, pocos de buena voluntad y generosamente; los mas solo por obviar mayores daños. Esta misma conducta observaban los que temian que los soldados se echasen sobre sus ganados, tiendas, trojes ó eras, dando así, á virtud de la necesidad, lo que podrémos llamar donativos forzosos, porque con muy cortas escepciones, lo que proporcionaban en auxilio de la division, era de mala gana, renegando, y sin mas mira que la de libertarse de mas costosas exigencias.

En Tula se tomó por la fuerza toda la existencia de tabacos, la que se repartió á la tropa por via de socorro. De aquí resultó un despilfarro completo, en razon de que los soldados vendian lo que les habia tocado, en la tercera ó cuarta parte de su valor. En la Goleta, entre otros acontecimientos desagradables, ocurrió el lastimoso de un pobre pollero, á quien mataron por quitarle unos pollos. De la Goleta á Arroyozarco, de Arroyozarco á San Juan del Rio, de San Juan del Rio á Querétaro, los desmanes de los dispersos y desertados continuaron, los escesos se repitieron, las faltas se multiplicaron; pero como todo esto no era mas que la prosecucion de lo que hemos procurado describir, no entrarémos en nuevos pormenores, contentándonos con manifestar, que esta funesta marcha dió lugar á todos los deslices que eran de esperarse de unos hombres hambrientos, maltratados, agobiados de trabajos, y que habian perdido ya, al abandonar sus banderas, el freno de la disciplina, única cosa que hubiera podido restablecer el órden.

Por fin, los restos de la division, que tambien habia incurrido en algunas faltas, llegaron á Querétaro, término de su camino. Allí les esperaban nuevos sufrimientos, nuevas penalidades, que no deben quedar ignoradas, pero cuya esplicacion no toca á este artículo.

Volvamos ya al general Santa–Anna, que durmió el 16 en San Juan Teotihuacan. Los mismos síntomas de insubordinacion y desarreglo que hemos notado en la division de infantería, hubo en la que él llevaba; y aun rigorosamente puede decirse, que el ejército quedó casi destruido desde que en Guadalupe se determinó que se retirasen los gefes y oficiales que quisieran, y que solo siguieran á las fuerzas los que voluntariamente se convinieran en hacerlo. La dispersion que ocasionó esta medida, fué verdaderamente incalculable.

El 17 permaneció la fuerza en Teotihuacan, esperando que se les reunieran todos los piquetes y rezagados que no se habian presentado aun. El 18 se anduvieron nueve leguas, continuando las brigadas á las órdenes de los generales Quijano y Andrade. El cuartel general llegó á San Lorenzo. El 19 se rindió en la hacienda de Guadalupe una jornada de diez leguas. Allí dió un ejemplo de insubordinacion escandalosa un sargento del escuadron de Veracruz, que despues de disparar su carabina en medio de una multitud de gente, escitó á todos sus compañeros enérgicamente á que se desbandaran y desertasen. Quién sabe qué resultado habria tenido este alboroto, si los Húsares no hubieran contenido el desórden.

El 20 continuaron las brigadas hasta los pueblos de Chautempan y Tlaxcala, en cuyo último punto ocurrió el cómico lance de que una guerrilla robara á los aposentadores del ejército. Santa–Anna habia determinado que en aquel lugar recibiera el castigo de su falta el sargento del escuadron de Veracruz, al que mandó fusilar. Se habia formado ya el cuadro, é iba á verificarse la ejecucion de justicia, cuando el general Quijano y otras personas de influjo se empeñaron en conseguir el perdon del delincuente, el que lograron del general en gefe. El delito, por lo mismo, quedó impune; y esta autorizacion, dada á los revoltosos para que quebrantaran la disciplina y cometiesen escesos, produjo en los dias siguentes resultados bastantes desastrosos.

Las tropas permanecieron en los pueblos mencionados hasta el 23:

el 24 marcharon á la fábrica de Antuñano; el 25 entraron á Puebla, donde se encontraba ya desde ántes el general Rea, batiéndose con su guerrilla y la parte de la poblacion que habia tomado las armas con entusiasmo, contra los americanos, retirados á los cerros de San Juan, Loreto y Guadalupe, y al cuartel de San José, puntos que de antemano habian fortificado.

El general Santa–Anna, recibido como un salvador por el pueblo, recorrió la ciudad al frente de sus soldados, notando que por todas partes renacia el espíritu público, y que gran parte de los habitantes tomaban las armas en defensa de su independencia agonizante. Luego regresó al Molino de Santo Domingo, donde pasó la noche, halagándose con la idea de un triunfo, que volveria parte de su esplendor perdido á nuestras armas, tan constantemente perseguidas por la fortuna.

El 26 avanzó el general Alvarez con la primera brigada hasta el Cármen, y desde aquel dia comenzaron los tiroteos y escaramuzas con las tropas americanas. En el artículo siguiente se hablará de estos sucesos con estension, continuándolos hasta referir el nuevo descalabro de Huamantla.